

La Comédiathèque

Strip Poker

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

Strip Poker

Jean-Pierre Martinez

Invitar a cenar a los nuevos vecinos para conocerse:
una apuesta arriesgada que puede salir muy cara
y acabar en una partida donde todos ponen las cartas sobre la mesa...

Personajes

Pedro

María

Ignacio

Rosa

La Comédiathèque

Acto 1

En el salón de su casa, María, una rubia bastante atractiva que se ha arreglado para la ocasión, prepara una mesa de fiesta para cuatro. Suena su móvil. Contesta.

María (*amable*) – ¿Diga...? (*Molesta*) Ah, no, lo siento, no soy Pedro. Soy María, su mujer... Está llamando a mi móvil... ¿Quiere dejarle algún recado...? Muy bien... No, no se preocupe...

Vuelve a sus preparativos con una alegría un tanto nerviosa. El móvil vuelve a sonar.

María (*aún más molesta*) – ¿Diga...? (*Cordial*) ¡Ah, hola, Javier!... Sí, sí, bien... ¿Pero no te he dicho que he dejado de fumar...? Desde esta mañana... No, no estoy embarazada, tranquilo, pero fumaba dos paquetes diarios. Con lo que cuesta el tabaco, he calculado que dentro de un año podré pagarme un safari en Kenia. Si solo aguanto una semana, por lo menos me dará para un abono de transporte. En cualquier caso, con lo que he ahorrado hoy ya me he comprado un bote enorme de Nocilla... (*Suspirando*) No imaginaba que iba a ser tan difícil... Pero ¿qué quieres? Hoy en día no te dejan fumar ni en el cementerio... Pues Pedro, bien. Hasta que encuentre algo mejor... No, hablaba de su trabajo... Bueno, perdona, tengo que dejarte, que se me está secando el cerdo con ciruelas. Ya hablamos, ¿vale? Chao, chao...

María cuelga, olfatea el ambiente y mira preocupada hacia el público.

María – ¿No huele a gas...?

Sale disparada hacia la cocina. Pedro, de aspecto intelectual, entra silbando. Se quita la gabardina, se sienta en el sofá y hojea El País. En portada se lee: «¿El móvil provoca cáncer?». María regresa. Él deja el periódico a toda prisa y pone cara de tragedia.

María (*alegre*) – ¡Hola!

Pedro (*lúgubre*) – Hola...

María (*al verle la cara*) – ¿Qué te pasa?

Pedro – Me van a despedir...

María – ¡¿Despedir?! ¿Pero por qué?

Pedro – Deslocalización...

María – Vaya... Lo siento muchísimo...

Él se desploma en el sofá.

Pedro (*lastimero*) – No me dejarás, ¿verdad?

María lo abraza para consolarlo.

María – Pero ¿qué dices? ¡Yo trabajo! Además, acabo de dejar de fumar. Con lo que vamos a ahorrar, casi podrías pedir una reducción de jornada... Y si tenemos que apretarnos el cinturón, nos lo apretaremos. (*Poniéndose una mano en el vientre*) Voy a dejar el Nocilla...

Pedro (*dramatizando*) – No quiero ser una carga para ti... Antes preferiría acabar con todo...

María – Vamos, no digas tonterías... ¡Estamos casados, Pedro! ¡En lo bueno y en lo malo! Dejaremos lo bueno para el final... Pero es increíble que os trasladen así, de repente, sin avisar...

Pedro – Ya sabes... Con la globalización...

María – Pero, un momento... ¿Cómo que van a deslocalizar el Museo del Prado? ¿Y adónde se llevan un museo así? ¡Si el edificio es enorme!

Pedro – A China... Van a numerar las piedras, meterlo todo en contenedores y reconstruir el edificio en un polígono industrial a las afueras de Cantón. Ya han empezado a desmontar un ala...

María (*horrorizada*) – ¿Y los cuadros...?

Pedro – También. Todos. Los Velázquez, los Goya, Las Meninas... Hasta los marcos van a viajar en primera clase.

María – ¿Y qué van a poner en el paseo del Prado? ¡Si los turistas vienen a Madrid precisamente para ver el museo!

Pedro – Un centro comercial chino en forma de pagoda. Venderán todo lo que ya no fabricamos aquí: lavadoras, televisores, secadores de pelo... Y a partir de ahora, para ver Las Meninas, habrá que ir a Cantón. (*Suspirando*) En fin, si mi sacrificio sirve para estrechar los lazos culturales con China...

María (*abatida*) – No puede ser...

Pedro intenta aguantar un poco más sin reírse, pero acaba soltando una carcajada.

Pedro – ¡Que no, mujer! ¿De verdad te has creído semejante disparate?

María (*furiosa y aliviada a la vez*) – Con esas cosas no se juega...

Pedro – La verdad es que no me vendría nada bien perder el empleo. No está mal pagado... y me deja todo el tiempo del mundo para escribir... Por cierto, tengo una buena noticia. ¡Ediciones Confidenciales quiere publicar mi obra de teatro!

María (*fingiendo entusiasmo*) – ¿Ediciones Confidenciales? ¡Qué bien!

Pedro – Bueno, pagando yo la edición... Tengo que vender al menos cuatro mil ejemplares para cubrir los gastos de impresión. Cuatro mil ejemplares vuelan, ¿no?

María – Entre tus padres y los míos... ¡Como cada uno compre mil!

Pedro se frota las manos, satisfecho.

Pedro – Bueno, ¿cenamos? Esta noche ponen Strip Poker...

María (*desconcertada*) – ¿Quieres que juguemos al strip póker tú y yo?

Pedro – Strip Poker, el reality de la tele. ¡Ya sabes cuál!

María – Pues no...

Pedro – Llevan a parejas. Cada vez que uno de los dos prefiere no contestar a una pregunta del otro, tiene que quitarse una prenda de ropa.

María (*suspirando*) – No entiendo cómo puedes ver semejantes estupideces...

Pedro – ¡Pero si esta noche es la final!

María – Sea la final o no, no vas a poder verla...

Pedro – ¿Se ha estropeado la tele?

María – No... Pero no vas a poder verla...

Pedro – ¿Me estás castigando sin televisión...?

Pedro descubre que la mesa está puesta para cuatro.

Pedro – No me digas que has invitado a tus padres...

María – A los vecinos.

Pedro – ¿A los vecinos? Si se mudaron hace un mes...

María – ¡A los nuevos vecinos!

Pedro – ¿A los nuevos? ¡Pero si no los conocemos!

María – Precisamente. Me crucé con ella donde los contenedores de basura... Y pensé que era una buena ocasión para conocernos.

Pedro – ¿Para qué?

María – Para conocerlos. Sin más.

Pedro – ¿Y para qué quieres conocerlos?

María – Siempre viene bien llevarse con los vecinos... Podemos hacernos algún favor...

Pedro – ¿Favores? ¿Qué clase de favores?

María – Yo qué sé... Regar las plantas cuando no estemos...

Pedro – La única planta que tenía en mi despacho se la zampó tu gato el domingo pasado, mientras comíamos en casa de tus padres.

María – ¡Pues por eso! Si hubiéramos tenido a alguien que le diera de comer al gato, no se habría zampado tu planta... Por cierto, qué raro, hoy no he visto al gato en todo el día...

Pedro suspira.

Pedro (*preocupado*) – Tienen hijos, ¿no?

María – Tres, creo...

Pedro – No me digas que también los has invitado...

María – Seguro que prefieren quedarse tranquilamente en su casa. *(Con ironía)* Para no perderse la final de Strip Poker.

Pedro – No hurgues en la herida, anda...

María – Además, viven justo al lado...

Pedro – ¿No hablabas de los vecinos de enfrente?

María – ¡Los de enfrente se suicidaron hace seis meses! ¿No te acuerdas de los bomberos a medianoche, las luces, las sirenas...?

Pedro – No...

María – Pues a mí me despertaron. Todavía tengo pesadillas... Abrieron la llave del gas... Estuvo a punto de volar todo el barrio...

Pedro – Hay gente que no piensa en los demás... ¿Y por qué se suicidaron? ¿Los dos juntos?

María – Vete a saber... A lo mejor aquella noche no echaban nada bueno en la tele... Quizá, si los hubiéramos invitado...

Pedro – No me digas que has invitado a estos vecinos para no sentirte culpable si deciden suicidarse precisamente esta noche...

María – Oye, por cierto, hoy he recibido varias llamadas para ti en mi móvil...

Pedro – Ah, sí, perdona, no sé dónde he metido el mío. Así que he dejado tu número en el contestador del trabajo. Por si algún productor intenta localizarme por mi obra... Tengo que estar disponible en todo momento, ¿comprendes?

María *(atónita)* – ¿Mi número? ¿Y no habría sido más sencillo comprarte otro móvil?

Pedro – Bah... Pensándolo bien, me he dado cuenta de que se puede vivir perfectamente sin móvil, ¿no?

María – Claro... Si tienes a tu mujer de telefonista...

Pedro – Mira, tú estás intentando dejar el tabaco y yo he decidido dejar el móvil. A ver quién aguanta más.

María *(exasperada)* – ¡Sí, pero yo no te pido que fumes mis cigarrillos por mí!

Pedro vuelve a leer El País; solo el público puede ver el titular: «¿El móvil provoca cáncer?». María le dirige una mirada furiosa.

María – Bueno, ¿no podrías ir a cambiarte antes de que lleguen?

Pedro – ¿Quiénes?

María – ¡Los vecinos!

Pedro – ¡Ah, sí! Se me habían olvidado...

Pedro, resignado, se dispone a cambiarse.

María – Voy a ver si se ha apagado el horno. ¿No notas cierto olor a gas?

Pedro se encoge de hombros y sale. María sale también un momento y regresa con botellas y vasos para preparar el aperitivo. Poco después vuelve Pedro, con un atuendo de lo más informal.

María – ¿Te has puesto el pijama?

Pedro – ¡No es un pijama! Es... ropa deportiva de estar por casa.

María – ¿Y esas zapatillas no son pantuflas, tampoco?

Pedro – Si vamos a acabar teniendo confianza con los vecinos, mejor empezar a estar cómodos desde el primer día, ¿no?

María – Imagínate que él viene con traje y corbata y ella con vestido de noche... ¡Yo no los he invitado a una fiesta de pijamas!

Él vuelve a salir suspirando. Ella prosigue con sus preparativos. Pedro regresa con ropa más presentable.

Pedro – ¿Así te vale?

María – Así, sí...

Pedro se fija en las cartas que hay sobre la mesa de centro.

Pedro – La revista Primer Acto, la editorial Cátedra, una oferta de montaje del Centro Dramático Nacional...

Ella lo mira intrigada.

Pedro – Qué más quisiera... (*Repasando los tres sobres*) La compañía eléctrica, el gas y el agua... (*Suspirando*) El trío de siempre...

María – Igual Correos está otra vez de huelga. Entonces aplican los servicios mínimos: solo reparten las facturas...

Suena el móvil de María. Ella contesta.

María – ¿Sí...? (*Con fingida amabilidad*) No, ha llamado a centralita, pero no cuelgue, que le paso. (*Entregándole el móvil a Pedro, harta*) Tu amigo Marco...

Él coge el móvil como si nada.

Pedro – Hola, Marco... ¿Qué tal?... Sí, ya ves, cuánto tiempo... ¿El martes? Pues sí, por qué no... Pero tengo que hablarlo con María. Ahora está ocupada. ¿Me llamas mañana? Ah, sí, si no estoy en casa, prueba al móvil...

María lo fulmina con la mirada.

Pedro – Vale, hasta luego, Marco...

Cuelga.

Pedro – ¡Qué pesado!

María – ¿Qué quería?

Pedro – Invitarnos a cenar el martes. Es el cumpleaños de su mujer...

María – ¿No era tu mejor amigo?

Pedro – Me deprimen los cumpleaños... ¿Acaso lo invito yo al tuyo?

María – Primero tendrías que acordarte de la fecha...

Pedro – Desde luego, sin móvil voy a vivir mucho más tranquilo. Bueno, ¿qué hacen estos vecinos? No nos dirán que se han quedado atrapados en un atasco. ¡Si viven enfrente!

María – Al lado...

Pedro – ¡Pues eso, ni siquiera tienen que cruzar la calle!

María – Tranquilo, si solo son las nueve...

Pedro – A estas horas nosotros ya hemos cenado. Me estoy muriendo de hambre... *(Sorprendido)* Y eso que huele bien... *(Incrédulo)* ¿Qué has cocinado?

María *(orgullosa)* – Lomo de cerdo con ciruelas. He encontrado la receta en *Mujer Hoy*...

Pedro – Vaya... No sé si era el mejor momento para hacer experimentos, pero bueno... Ni siquiera sé cómo se llaman...

María – Ella es Rosa, y él, Ignacio, creo...

Pedro – Caray, ya tenéis mucha confianza... ¿Y el apellido?

María – No me acuerdo. Era un nombre de detergente.

Pedro – ¿Colón? *(María niega)* ¿Skip? No me digas que era Omo...

María – ¡Ariel! *(Menos segura)* O Mariel...

Pedro – Espera, ¿Mariel o Ariel?

María – No sé... Me dijo algo como «señora Mariel»... Ya lo veremos. ¿Tanta importancia tiene?

Pedro – Pues sí. Porque si es Ariel, lo del cerdo con ciruelas... Siempre podrán comerse las ciruelas. Y además son estupendas para ir al baño...

María *(horrorizada)* – ¡Madre mía! No había caído...

Pedro – Es lo que tiene invitar a desconocidos...

María – ¿Y cómo iba yo a imaginarlo? Ignacio y Rosa no son nombres...

Pedro – No todos los musulmanes se llaman Mohamed.

María – ¿Entonces crees que son musulmanes...?

Pedro – Mira, con el cerdo con ciruelas, el problema sería el mismo, ¿no?

María – Puede que no sean practicantes...

Pedro – De todas formas, yo tendría preparada una pizza congelada... Vegetariana, por si acaso...

Llaman a la puerta. María se queda paralizada, presa del pánico.

María – ¿Qué hacemos?

Pedro – Pues ya solo te queda abrir. Es lo habitual cuando invitas a alguien y llama a tu puerta. O apagamos todas las luces y nos vamos al baño a ver Strip Poker...

María – Voy...

Sale al recibidor para abrir y recibir a los vecinos.

María (*fuera de escena*) – Buenas noches, buenas noches... Pasad, pasad... Ay, no hacía falta, de verdad...

Pedro – El regalo de Colón... O de Ariel...

María vuelve al salón comedor con un ramo de flores, seguida de los vecinos.

Pedro (*imitando la exagerada cordialidad de María*) – Buenas noches, buenas noches... ¿Qué tal, qué tal...?

María – ¿Qué son? ¿Margaritas? ¡Qué pétalos tan grandes!

Rosa (*incómoda*) – Tulipanes...

María – ¡Ah, claro! ¡Qué bonitos!

Rosa – Quizá hayan sufrido un poco con el calor.

Las flores están, en efecto, bastante mustias.

María – Vamos a ponerlas enseguida en agua...

Pedro – A ver si resucitan...

Entran los vecinos. Rosa, morena, delgada y una cincuentona muy bien conservada, viste con elegancia, pero de forma un tanto severa: traje de chaqueta y moño. Ignacio, más corpulento y bastante torpón, lleva una botella en la mano y un traje tan mustio como las flores. En suma, una pareja de aspecto convencional que contrasta con el aire más joven y desenfadado de Pedro y María. María hace las presentaciones.

María (*a Ignacio*) – Os presento a mi marido (*remarcando el apellido*), Pedro Azafrán...

Los dos hombres se estrechan la mano.

Pedro (*con aire lúgubre*) – Encantado...

María (*a Ignacio*) – Y tú eres...?

Ignacio (*sonriendo*) – Ignacio...

María – Ignacio, sin más... Muy bien...

Ignacio le tiende la botella a Pedro.

Ignacio – Toma, deberías meterla en la nevera...

Pedro – ¡Sidra asturiana! Muchas gracias, Ignacio...

Ignacio – Bien fresquita está tan buena como el champán, ¿verdad?

Pedro (*irónico*) – Entonces, ¿para qué gastar más? Lo meteré en el congelador, para que esté todavía mejor.

Pedro lleva la botella a la cocina.

María (*incómoda*) – ¿Habéis encontrado bien la casa?

Los vecinos la miran extrañados.

María (*rectificando*) – No, si ya sé que vivís al lado... Quería decir, eh... ¿Habéis encontrado fácilmente... (*Improvisando*) con quién dejar a los niños?

Rosa – ¡Sí! La mayor se ocupa de los otros dos. Y, si no os importa, iremos a echarles un vistazo luego.

Pedro regresa.

María – ¿Y cómo se llaman vuestros hijos?

Rosa – Sara, Ester y el pequeño Benjamín.

María intenta sacar alguna conclusión sobre la religión de los vecinos, sin conseguirlo.

María – Benjamín... Tiene sentido... El benjamín de la familia...

Rosa – Vosotros no tenéis hijos, ¿verdad?

Se produce un ligero momento de incomodidad.

María – Todavía no... (*Decidiéndose*) Perdonad, ¿vuestro apellido es Mariel, con eme, o Ariel...?

Pedro – Como el detergente...

Ignacio – Mariel.

María – ¡Uf! ¡Temíamos que fuerais judíos!

Los invitados se incomodan. María, petrificada, intenta arreglarlo.

María – Perdonad, es que he preparado cerdo asado con ciruelas... Pero podemos arreglarnos. Seguro que tengo una quiche lorraine en el congelador... Lo importante es comer lo que haya...

Pedro – O podemos dejar la cena para otro día...

María lo fulmina con la mirada.

Rosa – No, por favor, no cambiéis nada por nosotros. El cerdo asado nos viene estupendamente...

Ignacio (*con toda seriedad*) – Eso sí, las ciruelas... ¿Son kosher? (*María se queda cortada*) Estoy bromeando.

María (*esforzándose por sonreír*) – Me alegro de que tengáis sentido del humor... Y total, judíos o musulmanes, ¿qué más da?

Pedro – ¡Sí, podría haber sido peor! Podríais ser dentista o informático...

Se produce un nuevo silencio incómodo.

María – ¿Tomamos algo de aperitivo...?

Oscuro.

Acto 2

Las dos parejas toman el aperitivo. Pedro y María ya parecen muertos de aburrimiento, pero se esfuerzan por escuchar las insulsas historias de Ignacio.

Ignacio – El problema de los dentistas es que hoy pasamos más tiempo rellenando papeles que arreglando dientes. Y como ahora todo va por ordenador... Yo siempre digo que me enseñaron a manejar el torno, no el ratón. Menos mal que mi mujer me echa una mano. La informática es lo suyo, pero yo... Y además, a los autónomos nos fríen a impuestos... Por cierto, ¿conocéis este chiste? (*Pedro y María ponen cara de educado interés.*) Un dentista se va de crucero por el Pacífico con su mujer. ¡Naufragan! El barco se hunde...

María suelta una carcajada sonora y forzada. Los otros tres la miran consternados.

Ignacio – No, todavía no viene lo bueno... (*María se pone seria.*) Van a la deriva una semana hasta llegar a una isla desierta. La mujer, claro, está muy preocupada. Le dice al marido: «¡Nunca nos van a encontrar!».

María vuelve a echarse a reír.

Ignacio – No, que aún no... (*María recupera la seriedad.*) Y el marido le pregunta: «¿Pagaste la cuota de autónomos antes de salir?». Ella contesta: «¡No!». Y él: «¡Pues tranquila, que la Seguridad Social nos encuentra seguro!».

Ignacio se ríe a carcajadas de su propio chiste. María, escarmentada, no se ríe.

Ignacio – Ahora sí...

María esboza una sonrisa boba. Ignacio saca un paquete de cigarrillos y le ofrece uno a Pedro.

Ignacio – ¿Un cigarrillo?

Pedro – Gracias, no fumo...

Ignacio le ofrece entonces el paquete a María.

María – Lo he dejado esta mañana...

Rosa le lanza una mirada asesina a Ignacio, que guarda el paquete.

Ignacio – Bueno... No os voy a llenar la casa de humo, entonces... Aunque siempre hablamos de los cigarrillos, pero el móvil tampoco es muy bueno para la salud, ¿eh? Esta mañana he leído un artículo en El País. Dicen que, si lo usas más de un cuarto de hora al día, tienes todas las papeletas para acabar con un tumor cerebral...

María coge el periódico que Pedro ha dejado junto a la mesa de centro y mira el titular: «¿El móvil provoca cáncer?».

Ignacio – ¡Cuidado con pasarse de la tarifa!

María clava una mirada incendiaria en Pedro.

Ignacio – ¡Yo fumo, pero no tengo móvil!

María (*irónica*) – Mi marido tampoco. Prefiere que el tumor me salga a mí...

Ignacio – ¿Sabéis qué es lo peor de nuestra profesión?

Pedro y María fingen estar pensando la respuesta.

Ignacio – Tener que lavarnos las manos a todas horas, entre paciente y paciente. ¡Mirad cómo las tengo, sequísimas! Podría ponerme guantes, sí, pero... Imaginaos... La odontología requiere muchísima precisión. ¿Habéis intentado enhebrar una aguja con guantes de boxeo?

Pedro – Nunca. La verdad es que coso muy poco. Prefiero hacer punto.

Ignacio – Aunque, como digo siempre, los dentistas tenemos una ventaja sobre los psicoanalistas: el paciente llega, se tumba, abre la boca... ¡Pero luego le toca escucharme a mí!

Rosa – Los estás aburriendo con tus historias...

María – ¡No, qué va...!

Rosa – Mejor habladnos vosotros de vuestra vida... (*A María*) Tú eres profesora, ¿no?

María – De solfeo, sí... Aunque no sé si eso es mucho más apasionante...

Pedro le dirige una mirada para hacerle ver su nueva metedura de pata.

Rosa – Ah, el solfeo... Lo estudié más de diez años, de joven...

María – ¿Tocabas algún instrumento?

Rosa – Ni siquiera eso... Mis padres debían de creer que el solfeo era una lengua muerta, como el latín o el griego. Así que, cuando cumplí los dieciocho, dije basta.

Pedro (*irónico*) – Vaya, sí que eras una adolescente rebelde...

Rosa – Después me apunté a clases de baile de salón.

María – Ah, pues menudo cambio...

Ignacio (*enternecido*) – Allí fue donde nos conocimos Rosa y yo...

María (*fingiendo interés*) – ¿Ah, sí?

Ignacio – Sí, sí... Bailaba muy bien entonces, ¿sabéis? Y todavía me defiendo... Dicen que el cuarenta por ciento de los hombres conocieron a su mujer sacándola a bailar. (*A Pedro*) ¿Tú también conquistaste así a tu encantadora esposa?

Pedro – Pues no... Yo empecé tomándola salvajemente en un portal, una noche de tormenta, después de ofrecerle refugio bajo mi paraguas... Dicen que hay muy pocas parejas que se hayan conocido así...

Silencio incómodo.

María – Mi marido está de broma, naturalmente...

Pedro – No soporta que cuente cómo nos conocimos...

María – ¿Os sirvo otra copa?

Rosa – Bueno... Un dedo, entonces...

Pedro – ¿Antes o... después de la copa?

María fulmina a Pedro con la mirada y vuelve a servir a los invitados.

Rosa – Hemos matriculado a Benjamín, el pequeño, en la escuela infantil de aquí al lado. ¿Sabéis si tiene buena fama?

María – No lo sé, no tengo hijos.

Rosa – Ah, es verdad. Perdona...

Pedro – Bueno... Tampoco es culpa tuya, ¿no?

Se hace un silencio incómodo.

Rosa – ¿Y tú, Pedro? ¿A qué te dedicas...?

Pedro – ¿Yo? A nada...

Los vecinos ponen cara de circunstancias.

Rosa (compasiva) – ¿Estás en paro...?

Pedro – No, no estoy buscando nada... Yo diría más bien que soy un asalariado inactivo. Cuesta mucho llegar a eso, ¿sabes? Parecer que trabajas cuando no tienes nada que hacer... Hay que ser muy buen actor.

Rosa (apurada) – Entonces, ¿qué haces cuando no trabajas...? Quiero decir, eh... fuera de tu horario de oficina...

Pedro – Pues... Precisamente soy actor. De vez en cuando...

Rosa (intrigada) – ¿Actor? ¡Con razón tu cara me resultaba familiar! ¿En qué has salido?

Pedro – ¿Veis los culebrones que ponen por la tarde en la tele?

Ignacio – ¡Yo a veces! Es la hora de la siesta...

Pedro – ¿Y el anuncio de seguros de decesos que ponen antes?

Ignacio no parece recordarlo.

Pedro – ¡Hombre, sí! Entre el anuncio de audífonos y el de las sillas salvaescaleras.

Ignacio – Ah... Puede ser...

Pedro – Pues el del ataúd soy yo...

Ignacio – ¿En serio...?

Pedro – Un papel de descomposición, por así decirlo...

María lanza a Pedro una mirada furiosa.

Rosa – Y... ¿tienes otros proyectos...?

Suena el timbre de la puerta.

Ignacio – Ah, ¿esperáis a más invitados?

María – No, no... No esperamos a nadie más...

Pedro va a abrir.

Pedro (*fuera de escena*) – ¿Ya...? Bueno, disculpad, vuelvo enseguida...

Pedro regresa con un montón de calendarios de Correos.

Pedro – Es el cartero, que viene a por el aguinaldo...

Ignacio – Pues este año se adelantan... ¿Seguro que era el cartero de verdad...?

Pedro – Un señor con uniforme de Correos, idéntico al que me trae las cartas cada día...

Ignacio – Ah...

Pedro – Oye, ¿no tendrás un billete de diez euros? No llevo nada suelto... Te lo devuelvo enseguida...

Ignacio rebusca de mala gana en sus bolsillos.

Ignacio – Qué rabia, me gasté el último billete de cinco en comprar la sidra... Si quieres, tengo una moneda de dos...

Pedro – Bueno... Le doy la botella que habéis traído... ¿No te importa?

Ignacio – No... Claro que no...

Pedro le entrega los calendarios a Ignacio.

Pedro – Pues escoge uno, entonces...

Mientras Pedro va a buscar la botella a la nevera, Ignacio se pone las gafas de cerca y examina los calendarios con una seriedad exagerada.

Ignacio – Mira, me quedo con el de los tres gatitos... Son una monada... ¿A que sí, Rosa?

Pedro regresa con la botella de sidra.

Pedro – Puedes quedarte también con el calendario... Ya que el cartero se lleva tu botella...

Ignacio – Gracias...

Pedro sale con los demás calendarios y la botella.

Pedro (*fuera de escena*) – Aquí tiene, bien fresquita... ¡Feliz Navidad, entonces!

Pedro vuelve.

Rosa – Feliz Navidad... ¡En pleno octubre! Hay que tener cara...

Pedro – Será por el cambio climático... Ya no hay estaciones... Hasta los carteros andan desorientados...

María – Voy a ver cómo va el cerdo con ciruelas. Me parece que huele a gas...

Ignacio (*levantándose*) – Aprovecharé para echar un vistazo a casa, a ver qué tal van los niños, antes de sentarnos a cenar...

María – Sí, claro, adelante...

Ignacio – No te molestes, conozco el camino.

Rosa (*levantándose también*) – ¿Me puedes decir dónde lavarme las manos...? Los cacahuets... siempre dejan los dedos grasientos...

María – Por supuesto. Al fondo del pasillo, enfrente...

Ignacio y Rosa salen.

María – ¿A qué venía contarles que hacías de muerto en un anuncio de seguros de decesos? (*Imitando a Pedro*) «Un papel de descomposición, por así decirlo»...

Pedro – Era para animar un poco el ambiente, porque, sinceramente... Esto es mortal, ¿no? ¡Y todavía estamos con el aperitivo! Yo así no aguanto hasta el postre, te lo advierto...

María – Es verdad que no son muy divertidos, pero...

Pedro – Tenemos que inventar algo para que se marchen.

María – Ahora ya es tarde para anular la cena. No los volvemos a invitar y punto.

Pedro – ¡Ya verás cómo nos invitan ellos la próxima vez! ¿Crees que te vas a librar así? Has metido el pie en una trampa. No sabes lo que has hecho...

María – No exageres... Voy a intentar acelerar un poco la cena... Anda, abre el vino mientras tanto...

Pedro – Por lo menos he conseguido quitarme de encima su sidra. Me produce gases...

María se dirige a la cocina. Pedro coge la botella de vino. Rosa vuelve.

Rosa – Ha sido un detalle muy bonito invitarnos para conocernos... Yo viví por este barrio hace muchos años, cuando iba al instituto, pero ya no conozco a nadie... Y entre vecinos siempre podemos hacernos pequeños favores...

Pedro – Sí, eso mismo dice mi mujer... (*Se le ocurre una idea.*) Me alegra que lo menciones... Porque, precisamente, quería pedirte una cosa.

Pedro le tiende la botella.

Pedro – ¿Te importa abrirla? No sé si todavía tengo fuerzas...

Rosa, intrigada, intenta abrir la botella torpemente. Le cuesta sacar el corcho.

Pedro – No quería amargar la velada, pero... tengo cáncer...

Del sobresalto, Rosa consigue sacar el corcho de golpe. Pedro recupera la botella y sirve vino mientras continúa hablando.

Pedro – Acaban de descubrirme un tumor... Debí de pasarme de la tarifa...

Rosa – ¿De la tarifa...?

Pedro – El móvil, ya sabes... Las radiaciones. Debía de ser un modelo antiguo...

Rosa (*compasiva*) – ¿En el cerebro...?

Pedro – Peor...

Rosa lo mira, preguntándose qué puede haber peor.

Pedro – En los testículos...

Rosa (*horrorizada*) – ¡No...!

Pedro – Los auriculares de manos libres te protegen la cabeza, pero al final el problema se traslada de sitio...

Rosa – Cuánto lo siento...

Pedro (*levantando la copa para brindar*) – Bueno, ¡salud!... No vamos a dejar que se eche a perder el vino...

Brindan en un ambiente fúnebre.

Rosa – Pero... Hoy en día hay tratamientos...

Pedro – Sí... De hecho, mi cirujano está pensando en un trasplante... (*Pausa*) Por eso le pedí a mi mujer que os invitara... A ti y a tu marido...

Rosa se queda consternada.

Pedro – ¿Un poco más de vino?

Rosa, necesitada de algo para reponerse, acepta. Pedro le sirve una copa generosa que ella se bebe de un trago.

Rosa – Ah, pues está bueno, ¿eh?

Pedro – Coge unos cacahuetes...

Rosa se sirve.

Pedro – En fin... Necesito un donante...

Rosa – ¿Un donante...?

Pedro se acerca a ella y la sujeta por los hombros.

Pedro – Se puede vivir perfectamente con un solo testículo, ¿sabes? Es una operación sin importancia y, en una semana, ni te acuerdas. La cicatriz ni se nota...

Rosa (*perpleja*) – Bueno, es que... Tendría que hablarlo con mi marido... No sé si...

María regresa y los sorprende en esa posición equívoca.

Rosa (*incómoda*) – Voy a ver si Ignacio necesita ayuda con los niños... Ya sabes cómo son los hombres...

Sale precipitadamente.

María – Vaya... Al final parece que habéis congeniado...

Pedro – No digas tonterías, esto es una pesadilla. Tenemos que quitárnoslos de encima...

María – ¿Y qué hacemos? ¡No vamos a echarlos a la calle, si los hemos invitado nosotros!

Pedro – Nosotros...

María – Vale, he metido la pata, pero ya está hecho... Cuando el vino está descorchado... ¡Vaya, se me ha olvidado el pan!

Antes de volver a la cocina, María echa un vistazo a Mujer Hoy.

María (*decepcionada*) – No me ha quedado tan bonito como en la foto de la receta de *Mujer Hoy*...

Pedro – ¿Tú crees que todas las mujeres que pasan por la calle son como las modelos de las revistas? Pues con tu cerdo con ciruelas pasa lo mismo...

María se encoge de hombros y se aleja, ofendida, pero se vuelve hacia Pedro antes de entrar en la cocina.

María – Por lo menos, intenta ser un poco amable con ellos...

Pedro – ¿Para que se nos peguen como lapas?

María – Son vecinos. Igual viven aquí veinte años. Sería una pena enemistarnos con ellos nada más llegar...

Pedro – La mejor forma de llevarse bien con los vecinos es no dirigirles jamás la palabra...

María se dispone a regresar a la cocina.

María – Oye, por cierto, ¿has visto al gato?

Pedro (*incómodo*) – Desde esta mañana, no...

María – Espero que tu planta no fuera venenosa.

María sale. Vuelve Ignacio.

Ignacio – Rosa está acostando al pequeño. Ahora viene. Los otros dos están viendo la tele...

Pedro – ¿Strip Poker...?

Ignacio – Las aventuras de Rabbi Jacob... Mi película preferida... Mmm... ¡Qué bien huele esto! *(Pasándole un brazo por los hombros a Pedro)* Estoy seguro de que vamos a hacernos muy amigos... Y lo bueno de cenar en casa de los vecinos es que después no hay que coger el coche... Tenemos todo el tiempo del mundo... ¡Y no hay peligro de dar positivo en un control de alcoholemia!

Pedro – Oye, Ignacio... ¿Puedo llamarte Ignacio?

Ignacio – ¡Claro que sí, Pedro! Entre vecinos...

Pedro – Me has caído estupendamente. Quería hacerte una propuesta. Bueno, mi mujer y yo...

Ignacio *(intrigado)* – ¿Sí...?

Pedro – ¿Has oído hablar de... los intercambios de pareja?

Ignacio *(estupefacto)* – Algo...

Pedro – Pues verás, mi mujer y yo... En fin, si os apetece... Tampoco es obligatorio, ¿eh? Normalmente lo hacemos entre el postre y el café... Así que, si no os interesa, basta con que os marchéis cuando sirvamos el postre. Mi mujer y yo lo entenderemos perfectamente...

Ignacio se queda de piedra. Vuelve Rosa.

Rosa – ¡Ya está! Ahora sí que podremos pasar una velada tranquila los cuatro...

Rosa advierte el malestar de Ignacio.

Rosa – ¿Te ocurre algo?

Ignacio – No, no... Estábamos hablando... del libre comercio. De la globalización, las deslocalizaciones y todo eso... ¿Sabéis que mi mujer también es partidaria del libre intercambio... de todo?

Rosa *(corrigiéndolo, incómoda)* – Del libre comercio...

María llega de la cocina con el cerdo asado con ciruelas.

María – Bueno, si no tenéis nada en contra del cerdo, podemos sentarnos a la mesa...

Se sientan a la mesa en un silencio incómodo.

María – Rosa, ¿te sientas junto a mi marido...?

Rosa obedece bajo la mirada inquieta de Ignacio. María sirve a sus invitados.

Rosa – Vaya, pues tiene una pinta estupenda...

María va a servir a Pedro.

Pedro – No, gracias...

María – ¿No tienes hambre?

Pedro – No mucha... Además, la carne siempre me ha dado un poco de asco. ¿A vosotros no...? (*Ignacio y Rosa lo miran atónitos.*) ¿Sabéis que el cerdo es el animal genéticamente más parecido al ser humano? En realidad, al hombre solo lo separan del cerdo unos pocos genes. Y a algunos hombres, ni eso...

Los invitados, algo desanimados por semejante introducción, siguen comiendo con menos apetito. María cambia de tema.

María – Y tú, Rosa, todavía no nos has dicho a qué te dedicas...

Rosa – Siempre me da un poco de reparo decirlo... No está muy bien visto hoy en día...

Pedro – ¿Eres estríper... o mecánica de coches?

Rosa – Peor... Soy... (*Con solemnidad*) cost killer.

Pedro y María no entienden nada.

Ignacio – Cazadora de costes, en castellano... De costes, con «s», no de cogotes, ¿eh? Aunque, si lo prefieres, también se puede decir cortadora de cabezas...

María – ¿Y eso en qué consiste exactamente?

Rosa – Bueno... Me contratan como consultora en empresas que atraviesan dificultades para podar las ramas muertas y dejar que los brotes jóvenes crezcan sin obstáculos...

Ignacio – Como digo siempre, una cazadora de costes es lo contrario de una cazatalentos... Mi mujer no contrata cabezas: ¡las hace rodar cortando cogotes!

María – Pues parece interesante...

Ignacio – Mi mujer es el Torquemada de los recortes. Una pasionaria del intercambio libre...

Rosa (*corrigiéndolo*) – Del libre comercio...

Ignacio – Ah, sí, claro...

María – ¿Y a quién vas a mandar a la hoguera esta semana?

Rosa – Hasta ahora trabajaba sobre todo para empresas privadas. Pero cada vez me reclaman más desde la Administración. De hecho, acaban de encargarme una nueva misión...

María – Dime que no vas a meterte con la enseñanza pública... Porque seguro que empezarían quemando a los profesores de solfeo...

Rosa – No te rías, todo se andará. Pero no. Esta vez me toca ocuparme de otro dinosaurio.

María – No será la Seguridad Social, ¿verdad?

Rosa – El Museo del Prado.

Pedro (*atragantándose*) – ¡¿El Prado?!

Rosa – Naturalmente, esto queda entre nosotros... Empiezo mañana por la mañana y todavía no lo sabe nadie. Seleccionaré al personal y me quedaré solo con los más productivos... A los demás los sustituiremos por ordenadores...

Ignacio – Mi mujer es una asesina. En el sector la llaman Terminator. Cuando haya acabado con el Prado, no va a dejar ni al vigilante de Las Meninas...

María se queda sin palabras y Pedro está al borde del desmayo.

Rosa – Pero os estoy dando la lata con mis cosas... Este cerdo con ciruelas está buenísimo. ¿Me pasarás la receta?

Ignacio se levanta.

Ignacio – Disculpad... Voy al baño antes de seguir... Deben de ser las ciruelas...

Rosa – Aprovecharé para ver que los niños no estén viendo ninguna guarrada en la televisión de pago. No estamos abonados, pero incluso con la imagen codificada...

Ignacio y Rosa salen.

Pedro (desesperado) – Pues ya está. Seré el primero en ir a la hoguera...

María – Tampoco era necesario presumir de que te pagan por no hacer nada... *(Imitándolo)* «Hay que ser muy buen actor»...

Pedro – ¿Cómo iba a imaginarme que era una cortacabezas? ¡Con lo inofensiva que parecía! Además, ¡te recuerdo que la has invitado tú! Si me llegas a decir que esta noche cenaba la Inquisición en nuestra casa, habría tomado precauciones...

María – Y ahora no sé cómo vamos a arreglar esto...

Pedro – Sobre todo porque le he propuesto a su marido un intercambio de parejas para después del postre...

María – ¿Cómo dices?

Pedro – Era para que se marcharan antes...

María (ofendida) – Muy bonito, gracias... O sea, no solo va a pensar que eres un parásito, sino también un perverso sexual... ¿Y si hubieran aceptado?

Pedro – Solo se lo he dicho al marido... Y, por cierto, todavía no me ha dicho que no... Pero ahora tenemos que hacer lo que sea para retenerlos y arreglar la situación...

María, al borde de un ataque de nervios, enciende un cigarrillo.

María – Creo que hoy no era el mejor día para dejar de fumar. *(Da una calada con verdadero placer.)* Ah... Qué gusto...

Pedro la observa, inquieto, pero enseguida se recompone.

Pedro – Mira, tal como están las cosas, solo veo una solución...

María – ¿Abrir el gas, como los vecinos de enfrente...?

Pedro – Todavía no sabe que trabajo en el Prado... Tenemos que aprovechar lo que queda de noche para encontrar algo con lo que comprometerla...

María – ¿Y cómo piensas hacerlo? No me estarás pidiendo que acepte la propuesta indecente que le has hecho a su marido para poder chantajearlos y salvar tu empleo...

Pedro – Bueno, no, si podemos evitarlo... Para empezar, podemos hacer que beba un poco más... Con esa cara de mosquita muerta, seguro que tiene algo que ocultar.

María – ¿Emborracharla? ¿Y crees que bastará para que se suba a la mesa y haga una confesión pública, como en la Revolución Cultural? Para hacerla hablar... salvo meterle la cabeza en el horno, no sé qué más se puede hacer... Tendría que conseguir llevármela a la cocina mientras tú te encargas de neutralizar a su marido...

Pedro – Una confesión pública... ¡Me has dado una idea!

María – ¿Cuál...?

Pedro – ¡Strip Poker!

María – ¿Quieres proponerles jugar al strip póker?

Pedro – ¡Strip Poker, el programa de la tele! Cuando haya bebido lo suficiente, les proponemos una partida.

María – ¿Una partida de qué?

Pedro – El que pierda tiene que responder a una pregunta indiscreta. Una especie de juego de la verdad. Es muy competitiva; seguro que, después de unas copas, acepta...

María – Pero yo no sé jugar muy bien al póker...

Pedro – ¿Tienes algo que esconder?

María – No especialmente, pero...

Pedro – ¡Pues ya está!

Ignacio y Rosa regresan.

Ignacio – ¡Ah, mucho mejor!

María – Bueno, pues podemos pasar al postre...

Ignacio (*incómodo*) – Empieza a hacerse tarde, ¿no? No queríamos molestaros más...

Rosa – Vamos, Ignacio, tampoco vamos a irnos como ladrones...

Pedro – ¡Pero si no molestáis en absoluto! Después podemos jugar a algún juego de mesa... ¿Os gustan los juegos de mesa?

Rosa – ¡Ahí has dado con mi punto débil! Me encanta jugar... ¿Verdad, Ignacio?

Oscuro.

Acto 3

Ambiente de timba llena de humo. Los cuatro están sentados alrededor de una mesa de póker iluminada por una lámpara, con cigarrillos en la boca y la ropa algo desarreglada, como en las películas. Ante la mirada impresionada de Ignacio y Rosa, María baraja las cartas con la habilidad de un crupier de casino.

Pedro – Entonces, ¿estamos de acuerdo? Al final de cada mano, quien tenga más botones puede hacerle una pregunta a quien tenga menos...

Los demás asienten.

Ignacio – Mientras no me hagáis quitar los botones del pantalón... Aparte de lo que llevo debajo, yo no tengo nada que ocultar.

Pedro – Todos tenemos algo que esconder... Si buscamos bien... Solo hace falta hacer las preguntas adecuadas...

El ambiente se enrarece. Los cuatro apuestan. Ignacio corta y María reparte.

Pedro – ¿Os sirvo un poco más de licor...?

Rosa – Bueno, por un día que nos excedamos...

Ignacio – A lo mejor no es buena idea, ¿no? Ahora te pueden denunciar si dejas que tus invitados salgan de casa completamente borrachos...

Pedro – Tú mismo lo has dicho: no tenéis que coger el coche. Vivís enfrente...

Ignacio – Al lado...

Pedro – Así ni siquiera os arriesgáis a que os atropellen al cruzar la calle... Pero, si preferís, podéis quedaros a dormir con nosotros...

Ignacio pone cara de apuro.

Rosa (*vaciando la copa de un trago*) – ¡Ah...! Se nota el sabor a pera...

Ignacio sonríe con rigidez. María termina de repartir. Cada uno mira sus cartas y estudia a los demás.

Pedro – Dos cartas...

María le da dos cartas.

Rosa – Tres...

Ignacio – Una...

María – No cambio...

Vuelven a mirar sus cartas y a observarse de reojo. Hablan por turno.

Pedro – Me retiro...

Ignacio – Yo también...

Rosa – Subo dos.

María – Voy...

Rosa muestra sus cartas con una emoción infantil.

Rosa – ¡Póker de ases! ¿Quién da más?

María (*derrotada*) – Trío de jotas...

Rosa recoge los botones apostados. Cada uno cuenta los que le quedan.

Rosa – Me toca preguntar...

Los otros cuentan sus botones, incómodos. María es la que menos tiene.

Rosa – ¡A María, entonces!

Pedro y Ignacio respiran aliviados.

Rosa – Tienes que decirnos la verdad...

María (*inquieta*) – Pregunta...

Rosa – ¿Has robado alguna vez en una tienda?

María parece casi aliviada.

María – Sí... Una vez... Una tienda...

Ignacio – ¿Robaste una tienda entera dentro de otra tienda?

María – ¡Que no! ¡Una tienda!

Rosa – ¿Una tienda de ropa...?

María – ¡Una tienda de campaña!

Ignacio – Caramba... Nunca se me habría ocurrido robar algo así. Una tienda de campaña llama bastante la atención, ¿no?

Rosa – ¿Una tienda...? ¿Fue por necesidad? ¿No tenías dónde dormir...?

María – ¡Era para ir de camping! Estaba en un centro comercial... Me acerqué a una caja para pagar y me dijeron que no era aquella. Fui a buscar otra, un poco más allá, y cuando me di cuenta ya había pasado por los arcos de seguridad sin enterarme. Y como ya estaba fuera...

Pedro – Técnicamente no fue un robo... Porque no tenías intención de llevarte la tienda sin pagar...

María – Digamos que no di media vuelta para pagarla... En realidad, me daba miedo que entonces empezara a pitar la alarma. ¡Habría sido el colmo que me detuvieran intentando volver a entrar con una tienda que acababa de robar sin querer! ¿Os imagináis explicároselo a los vigilantes? Normalmente no son gente con demasiada imaginación...

Los demás se quedan pasmados imaginándose la escena.

Rosa – ¿Y de verdad ha sido la única vez?

María – Sí...

Rosa – Pues eres bastante honrada...

María – Mira, la mayoría de la gente es honrada porque no tiene valor para ser deshonesto... Digamos que el riesgo siempre me ha parecido desproporcionado comparado con la satisfacción que podría darme...

Ignacio (*ya algo achispado*) – ¿Como engañar a tu marido?

María – Esa es otra pregunta...

Ignacio – De acuerdo...

Comienza una nueva mano. Se repite el ritual de las apuestas. Esta vez reparte Pedro.

Rosa – Una carta...

Ignacio – No cambio...

María – No cambio...

Pedro – Dos cartas...

Vuelven a apostar.

Rosa – Voy...

Ignacio – Y subo uno...

María – Me retiro...

Pedro – Voy...

Muestran las cartas.

Pedro (*triumfal*) – ¡Full!

Ignacio – ¡Escalera de color!

La sonrisa de Pedro se congela. María le lanza una mirada irónica.

María – Pues sí que empezamos bien...

Ignacio se lleva los botones apostados.

Ignacio – Ahora me toca preguntar...

Los otros tres, a la defensiva, cuentan sus botones.

Ignacio – A Pedro...

Pedro pone cara de resignación.

Ignacio – ¿Has tenido alguna vez ganas de matar a alguien?

Pedro – ¿Antes de esta noche, quieres decir?

Ignacio – Con algún intento de llevarlo a la práctica, naturalmente.

Rosa – Si no, no vale.

Ignacio – Si metieran en la cárcel a todos los maridos que alguna vez por semana han querido matar a su mujer... Bastante llenas están ya las prisiones...

Su mujer le lanza una mirada asesina. Pedro intenta recordar.

Pedro – No, no se me ocurre... (*Soltando una risita*) Ah, sí... Aunque no fue premeditado, ni mucho menos... Fue en el instituto... Había una chica gordita, con gafas, a la que no parábamos de tomarle el pelo. Un día, en la piscina, tiramos sus gafas a la parte honda. Ella no sabía nadar. Pero, del susto, se le olvidó y se lanzó al agua a buscarlas. Nosotros nos partíamos de risa. Claro que, al cabo de cinco minutos, como no salía, acabamos llamando al socorrista... ¡Qué risas nos echamos! No recuerdo cómo se llamaba aquella pobre chica...

Rosa – Rosa Robles...

Pedro (*helado*) – Ah... Sí, puede ser...

Rosa – La gorda de las gafas era yo...

Pedro – ¡No me digas!

Rosa – Ya decía yo que tu cara me sonaba...

Ignacio interviene para aliviar la tensión.

Ignacio – Bueno... ¿Otra manita?

Nueva mano, sin entusiasmo y en un silencio opresivo. Rosa reparte las cartas.

Ignacio – Me retiro.

María – No cambio...

Pedro – Yo también me retiro.

Rosa – Subo diez...

María – Voy. Y subo veinte más...

Rosa (*apostando*) – Lo veo.

Rosa y María muestran sus cartas. María sonríe satisfecha. Rosa pone cara de derrota.

María – Ah, esta vez me toca preguntar a mí... A Rosa...

Rosa se inquieta.

María – ¿Has cometido alguna vez una falta profesional muy grave que no le hayas confesado a nadie?

Rosa se queda muy afectada. Se acerca al proscenio, como si fuera a confesarse. Pero, en lugar de hablar, se quita la prenda de arriba.

Oscuro.

Vuelve la luz. Rosa sigue en el centro de todas las miradas, delante del escenario. Entendemos que ha vuelto a perder.

María – Repito la pregunta... ¿Has cometido alguna vez una falta profesional muy grave...?

Rosa está a punto de quitarse la prenda de abajo... pero se arrepiente y habla casi en un susurro.

Rosa (*muy bajo*) – Sí...

María – ¿Cómo dices?

Rosa – ¡Sí!

María – ¿Cuál?

Rosa – Bueno... Esto no saldrá de aquí, ¿verdad...? ¿Me lo prometéis...?

Pedro y María asienten hipócritamente.

Pedro – Imagínate que estás en una iglesia y que nosotros somos tus confesores...

El ambiente de timba está muy lejos de recordar a una iglesia.

Ignacio (*divertido*) – ¿Una iglesia...?

María – O una sinagoga, si lo prefieres.

Rosa – ¿En las sinagogas hay confesionarios?

Pedro (*impaciente*) – ¡Yo qué sé! Imagina que estás en el plató de un reality...

Rosa – Está bien... Fue hace unos seis meses. Durante uno de mis encargos conseguí que despidieran a un directivo y a su mujer, que trabajaban en la empresa que yo estaba auditando. Estaba convencida de que robaban de la caja. Él no pudo soportarlo. Llevaba veinte años en la empresa. Se suicidó. Con su mujer...

Pedro y María intercambian miradas de satisfacción. Ya tienen algo con lo que comprometer a Rosa.

Rosa – Abriendo el gas...

Pedro (*horrorizado*) – ¡Los vecinos de enfrente...!

Rosa – ¿Perdona?

Pedro – Nada, nada...

Rosa – Justo después del entierro me di cuenta de que eran inocentes... Me había equivocado en una suma... Nunca se lo dije a nadie... No hice nada para limpiar el nombre de aquellas pobres personas... Me daba demasiada vergüenza... (*Llorando*) Normalmente nunca me equivoco al sumar...

Ignacio la consuela.

Ignacio (*a Pedro y María*) – Siempre se pone fatal cuando habla de esto... (*Intentando consolar a su mujer*) ¿Quieres que nos vayamos a casa, cariño...?

Pedro y María intercambian una mirada cómplice.

María – Sí, quizá sea suficiente...

Rosa (*reponiéndose*) – No, no, no quiero estropearos la noche... Estoy bien. Además, una partida de póker no se deja a medias... (*Con una expresión inquietante*) Todavía no ha hablado todo el mundo...

Rosa apura la copa para ahogar sus remordimientos.

Pedro – Bueno...

Ignacio reparte las cartas... Vuelven a jugar en silencio. El ambiente se hace cada vez más tenso.

María – Una carta...

Pedro – No cambio...

Rosa – Voy...

Ignacio – Lo veo...

Muestran las cartas.

Rosa – Tengo una pareja...

Ignacio – Trío...

María – ¡Póker de damas!

Pedro (*triumfal*) – ¡Póker de reyes!

Los demás se incomodan.

Pedro – Ignacio...

Ignacio se pone serio.

Pedro – ¿Sabes qué le pasó al gato que vi esta mañana en el contenedor de la comunidad...?

María se queda estupefacta. Ignacio y Rosa se muestran incómodos.

Pedro – Tienes que decirnos la verdad...

Ignacio se acerca al proscenio, como si fuera a confesarse. Pero, en lugar de hablar, se baja los pantalones y se queda en calzoncillos.

Oscuro.

Vuelve la luz. Ignacio continúa en el centro de las miradas, delante del escenario. Se entiende que ha perdido otra vez.

Pedro – Entonces, ¿qué pasó con el gato?

Ignacio se dispone a quitarse los calzoncillos, pero Rosa responde en su lugar.

Rosa – Ya se había comido tres plantas de mi balcón... Así que a la cuarta la regué el día anterior con arsénico.

María rompe a llorar.

Pedro – ¡Dios mío! ¡El pobre gatito ha muerto...!

Se produce un silencio incómodo.

Ignacio (*intentando animar el ambiente*) – ¿Una última mano? A ver si recupero algo...

Rosa – Bueno, pero después nos vamos todos a la cama.

Los demás se quedan desconcertados, sin saber cómo interpretar esa frase.

Nueva mano. María vuelve a repartir. Apuestan. Los rostros están aún más tensos.

Pedro – Una carta.

Rosa – Una carta.

Ignacio – No cambio.

María – Una carta.

Ignacio apuesta todos sus botones.

Ignacio – ¡Todo!

María – Me retiro...

Pedro – Me retiro...

Rosa – Yo también...

Ignacio recoge las apuestas, radiante. María comprueba horrorizada que es quien tiene menos botones.

Ignacio – Me toca preguntar...

María (*presa del pánico*) – ¡Pero no nos has enseñado tus cartas!

Ignacio – ¡No tengo por qué! ¡Os habéis retirado todos!

Mira uno por uno a los otros tres, prolongando el suspense.

Ignacio – María es la que tiene menos botones... Así que allá voy...

María está muy incómoda.

Ignacio (*implacable*) – ¿Has engañado alguna vez a tu marido?

María se queda sin palabras. Pedro la mira preocupado.

Rosa – Todos hemos cumplido las reglas. Nos debes la verdad...

María avanza hacia el proscenio. Se quita la prenda de arriba.

Oscuro.

Luz.

Ignacio (*implacable*) – ¿Has engañado alguna vez a tu marido?

María, cada vez más incómoda, se quita la prenda de abajo y se queda en combinación.

Oscuro.

Luz.

Ignacio (*implacable*) – ¿Has engañado alguna vez a tu marido?

María hace ademán de quitarse la combinación, pero prefiere hablar.

María – Una vez... Solo una vez... Fue... un error.

Pedro está destrozado.

Rosa (*cruel*) – ¿Un error? ¿Como lo de la tienda de campaña?

María – Algo así, sí...

Ignacio – Hombre... No se confunde a un marido con otro como quien se equivoca al marcar un número de teléfono.

Rosa – Y, aunque te equivoques de número, siempre puedes colgar antes de seguir con la conversación...

María – Digamos que no tuve la presencia de ánimo de colgarle a tiempo... Y yo soy muy habladora por teléfono...

Rosa – ¿Se lo habías contado a tu marido antes de esta noche?

María – No...

Rosa – ¿Por qué?

María – Había conseguido pasar los arcos de seguridad sin hacer saltar la alarma... y no tuve valor para dar media vuelta y pasar por caja...

Se hace un silencio incómodo. Pedro y María evitan mirarse.

Ignacio – Bueno... Igual es hora de que nos vayamos...

Pedro (*a Ignacio*) – ¿Has ido de farol?

Ignacio, satisfecho, enseña sus cartas.

Ignacio – Solo tenía una parejita...

Ignacio y Rosa se levantan y se disponen a salir.

Ignacio (*a Pedro*) – Yo también quiero hacerte una última pregunta...

Pedro – La partida ha terminado.

Ignacio – Ya te he enseñado mi pareja...

Pedro – Venga, dispara...

Ignacio – ¿De verdad eres actor?

Pedro – No, pero escribo obras de teatro. Durante mi horario de trabajo... en el Prado...

Rosa – Ya veo... ¿Puedo contar con vuestra discreción...?

Pedro – ¿Sobre los vecinos de enfrente...? Si pones en tu informe que soy el empleado más productivo del museo y que jamás se me podría sustituir por un ordenador...

Rosa acusa el golpe.

Rosa – ¿Os importa que vaya a beber un poco de agua a la cocina? No me encuentro muy bien...

María – Claro que no, por favor...

Rosa se aleja hacia la cocina.

Ignacio – La próxima vez os invitamos nosotros... Y para variar jugamos al Scrabble...

Rosa regresa.

Ignacio – Bueno, ¿hasta pronto?

Pedro (a Rosa) – ¿Hasta mañana...?

Los vecinos se marchan. Pedro y María apenas se atreven a mirarse. Suena el móvil de María.

Pedro – ¿No contestas?

María – Ya ni sé si llaman por ti o por mí. Les has dado mi número a todos tus amigos...

Pedro – Es que confío en ti...

María se siente incómoda.

Pedro (más serio) – ¿Quién era... ese número equivocado?

María – Javier...

Pedro – Anda... De ese no habría sospechado nunca...

María abraza a Pedro para pedirle perdón.

María – Bueno, ¿jugamos a ese strip póker?

Pedro – ¡Hecho!

Suena una música sugerente. María comienza a hacer un striptease. Pedro la observa excitado. Se sienta para disfrutar del espectáculo y saca un puro enorme que se dispone a encender con una cerilla de una caja.

Por un instante aparece el rostro de Rosa, que los espía... Lleva puesta una máscara antigás de la Segunda Guerra Mundial. Luego desaparece.

María se detiene de pronto y la música se interrumpe.

María (*preocupada*) – ¿No te parece que huele a gas?

Él hace un gesto de indiferencia y enciende la cerilla para prender el puro.

Oscuro, seguido de un fogonazo y el ruido de una explosión.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París – Noviembre de 2011

ISBN 978-2-37705-051-2

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.